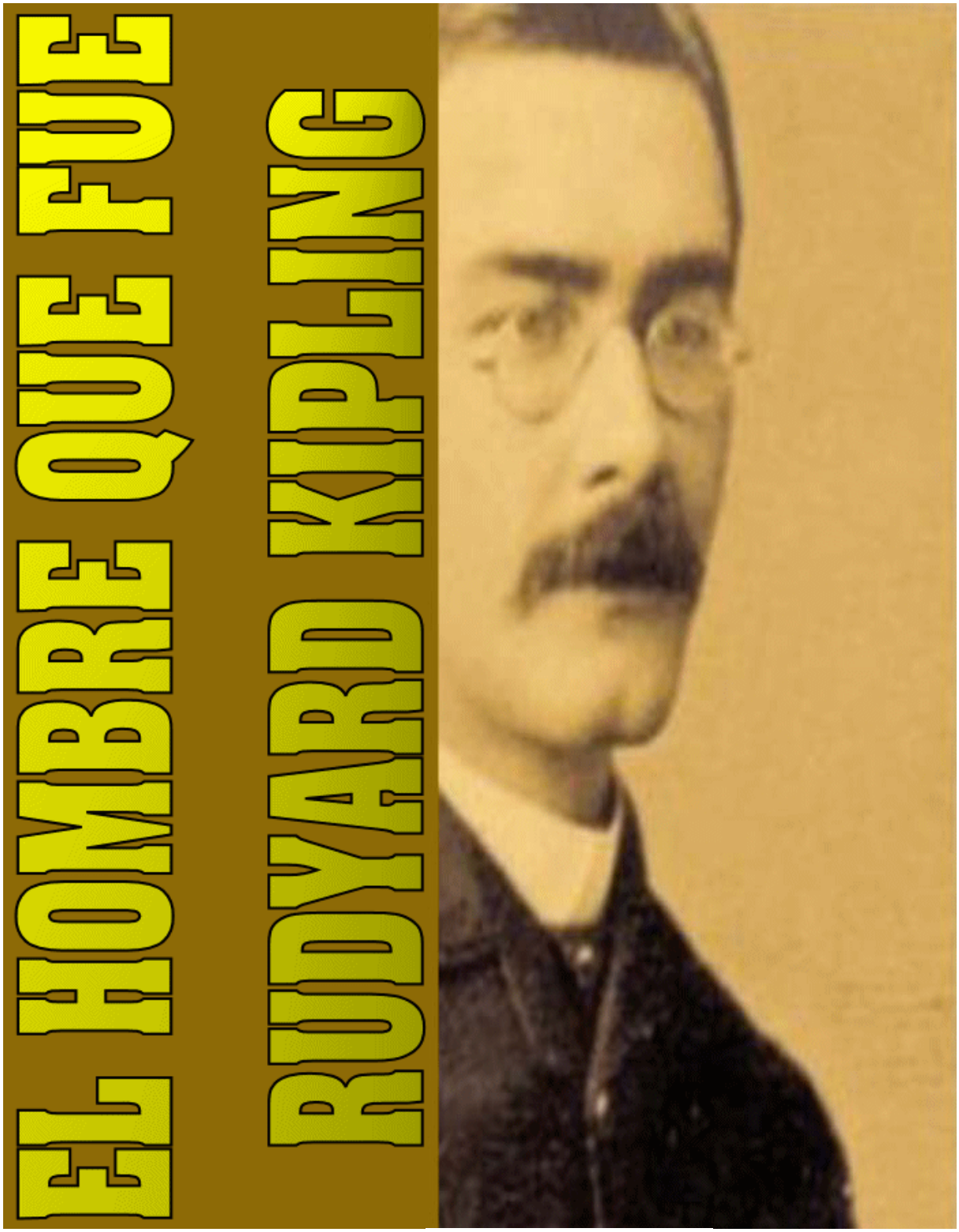
EL HOMBRE QUE FUE
RUDYARD KIPLING



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Sumida en sombra la Tierra,
se sentó a nuestra mesa.
Lo que vino a decir dijo y partió,
tras encender, en los corazones, fuego.

Lleva cuenta en la culata,
marca en ella la venganza,
así Dios el ajuste haga
por los muertos camaradas.

Balada

QUE quede claro que el ruso es una persona encantadora hasta que se mete la camisa dentro del pantalón. Como oriental, es encantador. Sólo cuando se empeña en ser tratado como el más oriental de los pueblos occidentales, en lugar de serlo como el más occidental de los orientales, se convierte en una anomalía racial muy difícil de manejar. El huésped nunca sabe qué rasgo de su naturaleza se mostrará de inmediato.

Dirkovitch era un ruso -un ruso entre los rusos-que al parecer se ganaba el pan sirviendo al zar como oficial de un regimiento de cosacos, y como corresponsal de un periódico ruso cuyo nombre jamás fue dos veces el mismo. Era un oriental guapo y joven, aficionado a vagar por comarcas no exploradas de la tierra, v llegó a India desde ningún sitio en particular.

Al menos no había hombre viviente que pudiese afirmar si había arribado desde Balkh, Badakshan, Chitral, Beluchistán o Nepal, o desde algún otro punto. El Gobierno de India, que se hallaba en una disposición de afabilidad poco usual, dio órdenes de que se le dispensara un trato cortés y se le mostrara todo lo que había que ver. De modo que anduvo a la deriva, hablando mal inglés y peor francés, de una ciudad a otra, hasta que se encontró con los Húsares Blancos de Su Majestad en la ciudad de Peshawar, que se yergue en ese desfiladero estrecho que los hombres llaman el paso de Khyber. Sin duda era un oficial y había sido condecorado, según la costumbre de los rusos, con pequeñas cruces esmaltadas, gustaba de hablar y (aunque eso no se relaciona para nada con sus méritos) había sido abandonado como empresa -o barril- insondable por el esfuerzo de los Black Tyrone, que de uno en uno o en forma colectiva, con whisky caliente *y* miel, con ponche de coñac *y* mezclas de licores de toda clase, habían pugnado dentro de la máxima hospitalidad para emborracharlo. Y cuando los Black Tyrone, que son exclusivamente irlandeses, fallan en su intento de perturbar la paz mental de un extranjero, ese extranjero es, por cierto, un hombre superior.

Los Húsares Blancos eran tan concienzudos para elegir su vino como para cargar contra el enemigo. Todo lo que tenían, incluido cierto coñac extraordinario, fue puesto a la disposición absoluta de Dirkovitch v él disfrutó enormemente: incluso más que entre los Black Tyrone.

Pero en todo momento el ruso siguió conservando su penoso carácter de europeo. Los Húsares Blancoseran «mis queridos amigos verdaderos», «gloriosos compañeros de armas» e «inseparables hermanos». Se pasaba horas parloteando sobre el futuro glorioso que esperaba a los ejércitos aliados de Inglaterra y Rusia cuando sus corazones *y* sus patrias se uniesen *y* comenzase la gran misión de civilizar Asia. Aquello era poco convincente, porque Asia no ha de ser civilizada de acuerdo con los métodos de Occidente. Hay mucha Asia y es muy antigua. No puedes reformar a una dama de muchos amantes, y Asia ha sido una enamorada insaciable en tiempos idos: nunca asistirá a la escuela dominical ni aprenderá a votar, como no sea con espadas en lugar de papeletas.

Dirkovitch sabía esto tan bien como cualquier otro, pero le sentaba hablar como un enviado especial y mostrarse lo más genial que podía. De cuando en cuando ofrecía una pequeña, muy pequeña, información acerca de su centuria de cosacos, al parecer abandonada a sus propias fuerzas en algún punto de la retaguardia del más allá. Ese hombre se había ocupado de faenas rudas en Asia Central, y había visto bastantes más batallas cuerpo a cuerpo que la mayoría de sus coetáneos. Pero tenía el cuidado de no presumir nunca de su superioridad, y en toda ocasión ponía más cuidado aún en encomiar el buen porte, el entrenamiento, el uniforme y la organización de los Húsares Blancos de Su Majestad. Y sin duda era un regimiento digno de admiración. Cuando lady Durgan, viuda del difunto sir John Durgan, llegó a la guarnición, y cuando al cabo de corto tiempo recibió propuestas de matrimonio de todos y cada uno de los hombres de servicio, expuso con gran limpieza el sentimiento público, al explicar que todos eran tan galantes que, a menos que pudiese contraer matrimonio con todos, incluidos el coronel y algunos mayores ya casados, no pensaba contentarse con un único húsar. Por todo ello, la boda fue con un hombrecillo de un

regimiento de fusileros, ya que la dama era contradictoria por naturaleza; los Húsares Blancos estaban dispuestos a llevar crespones de luto en sus mangas, pero transigieron en asistir a la boda en pleno y formados a lo largo del pasillo, a modo de reproche indecible. Ella les había dado calabazas a todos, desde el capitán Basset-Holmer, el más viejo del regimiento, hasta el pequeño Mildred, el subalterno más joven, que le hubiese significado cuatro mil por año y un título.

Los únicos que no compartían la consideración general hacia los Húsares Blancos eran unos pocos miles de caballeros de extracción judía que vivían al otro lado de la frontera, y respondían a la denominación de patanes. Cierta vez se habían encontrado de forma oficial con el regimiento y durante algo menos de veinte minutos, pero la entrevista, que se vio complicada con muchas bajas, los había dejado llenos de prejuicios. Hasta habían llamado a los Húsares Blancos engendros del diablo e hijos de personas que sería perfectamente imposible frecuentar en cualquier sociedad decente. A pesar de eso, no habían logrado que su aversión les impidiese llenar los bolsillos. El regimiento contaba con unas carabinas, magníficas carabinas Martín-Henri, capaces de disparar un proyectil hasta un campamento enemigo situado a mil yardas y más manejables que un fusil largo. Por tanto, eran armas codiciadas en toda la frontera y, dado que la demanda inevitablemente alimenta la oferta, eran mercadas, aun a riesgo de perder la integridad y hasta la vida, por su peso exacto en plata acuñada: siete libras y media de rupias al peso, o dieciséis libras esterlinas, cambiando la rupia al par. Las carabinas eran robadas por la noche por ladrones de cabelleras rizadas, que se arrastraban sobre sus vientres bajo las narices de los centinelas; se desvanecían de modo misterioso de los armeros cerrados con llave y en las épocas de calor, cuando todas las puertas y ventanas del cuartel estaban abiertas, esas armas desaparecían como bocanadas de su propio humo. La gente de la frontera las quería para sus venganzas y eventualidades familiares. Pero cuando mayores resultaron los robos fue en las largas noches frías del invierno de India septentrional. El tráfico del asesinato estaba más activo en las montañas durante esa estación y los precios subían. Las guardias del regimiento fueron duplicadas en principio y más tarde triplicadas. Al soldado de caballería poco le importa perder un arma -el Gobierno debe hacerse cargo-, pero le sienta muy mal perder el sueño. El regimiento se fue poniendo muy airado, y uno de los ladrones de armas lleva en su persona, hasta hoy, las señales visibles de esa ira. El incidente detuvo los robos por un tiempo, las guardias fueron reducidas en consecuencia y el regimiento se entregó a la práctica del polo con resultados imprevistos, porque ganó por dos tantos a uno a ese terrible equipo de polo que era el Lushkar Light Horse que, sin embargo, poseía cuatro caballos por cada jugador para un encuentro de una hora corta, además de un oficial nativo que jugaba, como una llama radiante, en todo el campo.

Se organizó una cena para celebrar el acontecimiento. El equipo de Lushkar asistió y también Dirkovitch que, con el uniforme de gala completo de oficial cosaco, tan amplio como un traje de noche, fue presentado a los Lushkar, a quienes miró y admiró. Eran hombres más ligeros que los húsares y se movían con ese ritmo que es la condición peculiar de la Fuerza Fronteriza del Punjab y de los cuerpos irregulares de caballería. Como todo en la vida militar, eso ha de ser aprendido pero, a diferencia de muchas cosas, nunca se olvida y perdura en el cuerpo hasta la muerte.

El gran comedor de los Húsares Blancos, con su techo de vigas de madera, era algo digno del recuerdo. Toda la vajilla estaba dispuesta sobre la larga mesa -la misma mesa que había sostenido los cuerpos de cinco oficiales después de una batalla olvidada mucho, mucho tiempo atrás-, las banderas sucias y desgarradas estaban en la pared opuesta a la puerta de entrada, muchos ramos de rosas de invierno lucían entre los candelabros de plata y los retratos de prominentes oficiales difuntos observaban a sus sucesores desde sus puestos entre las cabezas de un *sambhur,* un *nilghai,* un *markhor y* del orgullo del comedor: los dos sonrientes leopardos de las nieves que habían costado a BassetHolmer un permiso de cuatro meses, que él hubiera podido pasar en Inglaterra, en lugar de hacerlo de camino al Tibet, arriesgando su vida, cada día, en barrancos, aludes de nieve y laderas cubiertas de hierba.

Librodot

Los sirvientes, con sus ropas inmaculadas de muselina blanca v los penachos de sus regimientos en el centro de sus turbantes, aguardaban a espaldas de sus amos, que lucían galas de escarlata y oro, los Húsares Blancos; de marfil y plata, los Lushkar Light Horse.

El uniforme verde opaco de Dirkovitch era la única mancha oscura en la mesa, pero sus grandes ojos de ónice lucían como una compensación. El ruso fraternizaba, efusivo, con el capitán del equipo Lushkar, quien se preguntaba de cuántos cosacos de Dirkovitch podrían dar cuenta, en un combate de igual a igual, sus paisanos morenos y delgados, aunque fuertes. Pero no se habla de esas cosas en público.

La conversación subía *y* subía de tono *y* la banda del regimiento tocaba entre un plato y otro, como es costumbre inmemorial, hasta que todas las lenguas callaron un momento cuando se levantaron los manteles y se oyó el primer brindis obligado, cuando un oficial se puso de pie y dijo: «Por el señor vicegobernador, por la Reina», y el pequeño Mildred, desde un extremo de la mesa respondió: «Por la Reina, a quien Dios bendiga», y resonaron las grandes espuelas cuando esos hombres grandes se pusieron de pie para beber por la Reina, con cuya paga, se suponía sin motivo, obtenían lo necesario para atender sus gastos de supervivencia. El sacramento del rancho nunca pierde lozanía y nunca deja de poner un nudo en la garganta del que lo oye, esté en la mar o en tierra. Dirkovitch se puso de pie con sus «gloriosos hermanos», pero no comprendió. Nadie que no sea un oficial puede decir lo que significa el brindis, y la mayoría tiene más sentimiento que comprensión. Tras el breve silencio que sigue a esa ceremonia, entró el oficial nativo que había jugado para el equipo Lushkar. No podía, por supuesto, comer con los demás, pero se hizo presente a los postres, con sus seis pies de talla, con su turbante azul y plata en la cabeza y con sus grandes, negras botas en los pies. La concurrencia se puso de pie, gozosa, en el momento en que él tendía el pomo de su sable en prenda de fidelidad para que el coronel de los Húsares Blancos lo tocase; el hombre se sentó en una silla vacía entre gritos de *«¡Rung ho,* Hira Singh!» (cuya traducción es: «adelante, gana»). «¿Te he hecho daño en la rodilla, amigo?» «Sahib Ressaidar, ¿qué diablos te hizo jugar con ese cerdo pateador parecido a un poni en los últimos diez minutos?» *«¡Shabash,* sahib Ressaidar!» Entonces se oyó la voz del coronel: «¡A la salud de Ressaidar Hira Singh!».

Después que las voces se hubieron disipado, Hira Singh se puso en pie para responder, porque era el menor de una casa real, el hijo del hijo de un rey, y sabía lo que era debido en tales ocasiones. Así habló en su lengua nativa:

-Sahib coronel y oficiales de este regimiento: mucho es el honor que me habéis dispensado. Recordaré esto. Hemos bajado desde muy lejos a jugar con vosotros. Pero hemos sido vencidos -(«No ha sido culpa tuya, sahib Ressaidar. Jugamos en nuestro propio campo, ya lo sabes. Vuestros ponis estaban cansados por el viaje en tren. ¡No te disculpes!») . Por tanto quizá regresemos si así nos lo ordenan -(«¡Bien! ¡Bien! ¡Bien, eso es! ¡Bravo! ¡Chist!»)- . Entonces volveremos a jugar -(«Me alegro de haberte conocido»)-, hasta que no queden pies sobre nuestros ponis. Esto en cuanto al deporte -dejó caer la mano sobre el puño de la espada y su mirada vagó hasta Dirkovitch, que se había echado atrás en su silla-. Pero si por voluntad de Dios se suscitara algún otro juego que no fuese el del polo, entonces tened por seguro, sahib coronel v oficiales, que lo jugaremoshombro con hombro aunque *ellos* -otra vez su mirada buscó a Dirkovitch-, aunque *ellos,* decía, tengan cincuenta ponis frente a un único caballo nuestro -*y* con un profundo *¡Rung ho!* que resonó como un golpe de culata sobre las losas del suelo, tomó asiento entre vasos que se alzaban.

Dirkovitch, que se había dedicado con calma al coñac -ese terrible coñac antes mencionado-, no comprendió, ni la traducción expurgada que se le ofreció podía darle a conocer el tema. Sin duda el de Hira Singh fue el discurso de la noche y la algarabía hubiese podido continuar hasta el amanecer de no haber sido quebrantada por el ruido de un disparo que sonó fuera y que hizo que todos los hombres tocaran su indefenso costado izquierdo. Después se oyó un forcejeo y un grito de dolor.

-¡Otro robo de carabinas! -dijo el ayudante, mientras se hundía de nuevo en su silla-. Esto es lo que se saca de reducir las guardias. Espero que los centinelas le hayan matado.

Pasos de hombres armados resonaron sobre las losas de la galería: parecía que arrastraban algo.

-¿Por qué no le meten en el calabozo hasta la mañana? -dijo el coronel irritado-. Averigüe si le han hecho daño, sargento.

El sargento de intendencia se precipitó hacia las sombras *y* regresó con dos soldados *y* un cabo, todos ellos muy perplejos.

-Sorprendimos a un hombre robando carabinas, señor -dijo el cabo-. Al menos se arrastraba hacia las barracas, señor; ya había sorteado a los centinelas del camino principal y el centinela dice, señor...

El vacilante montón de harapos sostenido por los tres hombres gimió. Nunca se había visto un afgano tan menesteroso y mezquino. Iba sin turbante, sin calzado, cubierto de suciedad y medio muerto por el maltrato. Hira Singh tuvo un leve sobresalto al oír aquellos sonidos de dolor del hombre. Dirkovitch tomó otra copa de coñac.

-*¿Qué* dice el centinela? -dijo el coronel.

-Dice que éste habla inglés, señor -dijo el cabo.

-¡Y por eso le habéis traído al comedor en lugar de entregárselo al sargento! Así hablara todas las lenguas pentecostales no tendría por qué...

Una vez más el manojo de harapos gimió y murmuró. El pequeño Mildred se había levantado de su sitio para inspeccionar; de pronto dio un salto atrás como si le hubiesen disparado.

-Quizá lo mejor sería despedir a estos hombres, señor -dijo al coronel, porque era un subalterno que gozaba de muchos privilegios. Mientras hablaba había puesto sus brazos en torno al horror cubierto de andrajos y lo dejaba caer sobre una silla. Puede que no se haya explicado que la pequeñez de Mildred consistía en que su complexión estaba acorde con su talla de seis pies y cuatro pulgadas. El cabo, al ver que un oficial se mostraba dispuesto a velar por el prisionero y que la mirada del coronel echaba chispas, no demoró en marcharse con sus hombres. Los comensales habían quedado a solas con el ladrón de carabinas, quien dejó caer su frente sobre la mesa y se echó a llorar con amargura, sin esperanza ni consuelo, tal como lloran los niños pequeños.

Hira Singh se puso en pie de un salto.

-Sahib coronel –dijo-, este hombre no es afgano, porque ésos lloran *¡Ai! ¡Ai!* Tampoco es indostano, porque ésos lloran *¡Oh! ¡Ho!* Este llora como los blancos, que dicen *¡Ou! ¡Ou!*

-¿Cómo diablos sabes tú eso, Hira Singh? -dijo el capitán del equipo Lushkar.

-¡Oídle! -dijo Hira Singh simplemente, señalando la figura encogida que lloraba como si jamás fuese a dejar de hacerlo.

-Ha dicho «¡Dios mío!» -dijo el pequeño Mildred-. Yo lo he oído.

El coronel y los presentes miraron al hombre en silencio. Es algo horrible oír llorar a un hombre. Una mujer puede sollozar apoyando la emisión de aire en el velo del paladar, o en los labios, o en cualquier otro punto, pero un hombre tiene que llorar apoyando en el diafragma, y eso le hace pedazos.

-¡Pobre diablo! -dijo el coronel, tosiendo con fuerza-. Tendríamos que enviarle al hospital. Le han maltratado.

Pero he aquí que el ayudante amaba a sus carabinas. Eran para él como sus nietos, en tanto que sus hombres ocupaban el primer puesto. Gruñó, pues, con rebeldía:

-Puedo comprender que un afgano robe, porque está hecho para eso. Pero no puedo comprender que llore. Eso empeora el asunto.

El coñac tenía que haber afectado a Dirkovitch, porque estaba echado hacia atrás en su silla, con la mirada fija en el cielo raso. No había nada especial en el cielo raso, excepto una sombra en forma de gran ataúd negro. Por alguna peculiaridad de la construcción del comedor, esa sombra aparecía siempre que se encendían las velas. Jamás había perturbado la

digestión de los Húsares Blancos. En realidad, estaban bastante orgullosos de ella.

Irá a llorar toda la noche? -dijo el coronel-. ¿O se supone que nos quedaremos junto al huésped de Mildred hasta que se encuentre mejor?

El hombre de la silla echó atrás su cabeza y miró a los circunstantes.

¡Oh, Dios mío! -dijo y todos los que estaban en torno a la mesa se pusieron de pie. Entonces el capitán de los Lushkar llevó a cabo una proeza por la que tendrían que haberle concedido la Cruz de Victoria: fue un distinguido vencedor en la pugna contra una curiosidad abrumadora. Reunió a su equipo con una mirada, tal como una anfitriona reúne a las damas en el momento oportuno, y deteniéndose apenas junto a la silla del coronel para decirle:

Esto no es asunto *nuestro,* señor -se llevó a los suyos hacia la galería y los jardines. Hira Singh fue el último en marcharse y miró a Dirkovitch. Pero Dirkovitch se había trasladado a su propio paraíso del coñac. Sus labios se movían en silencio y él analizaba el ataúd del cielo raso.

-Blanco, íntegramente blanco -dijo BassetHolmer, el ayudante-. ¡Qué renegado fatal tiene que ser! ¿De dónde habrá salido?

El coronel sacudió con suavidad el brazo del hombre y preguntó:

-¿Quién es usted?

No hubo respuesta. El hombre observó el comedor v sonrió en la cara del coronel. El pequeño Mildred, que siempre se portaba más como mujer que como hombre, hasta oír la marcha *Boot and saddle,* repitió la pregunta con un tono que hubiese arrancado confidencias a un géiser. El hombre sólo sonrió. Dirkovitch, al otro extremo de la mesa, se deslizó sin ruido de la silla al suelo. Ningún hijo de Adán en este actual mundo imperfecto puede mezclar el champán de los Húsares con el coñac de los Húsares en proporción de cinco y ocho copas de cada uno sin recordar el abismo que ha cavado y sin bajar a él. La banda empezó a tocar una melodía con la que los Húsares Blancos, desde la fecha de su formación, habían terminado todas sus reuniones. Podían llegar a ver disuelto su cuerpo antes que abandonar aquella pieza: es una parte de su sistema. El hombre se enderezó en su silla y tamborileó sobre la mesa con sus dedos.

-No veo motivos para que debamos entretener a los lunáticos -dijo el coronel-. Llame a un guardia y que le lleven al calabozo. Mañana atenderemos este asunto. Pero antes déle una copa de vino.

El pequeño Mildred llenó una copa de jerez con coñac y se la tendió al hombre, que bebió mientras la música crecía en fuerza; él, a su vez, se enderezó más aún. Entonces tendió sus manos, que casi parecían garras, hacia una pieza de la vajilla que tenía delante y la palpó con amor. Esa pieza escondía un secreto, bajo la forma de un resorte que convertía aquel candelero de siete brazos, tres a cada lado de uno central, en una especie de candelabro en forma de rueda con sus rayos. El hombre encontró el resorte, lo accionó y dejó oír una risa débil. Se levantó de su silla v observó un cuadro colgado de la pared, después se dirigió a otro cuadro, mientras los presentes le miraban sin decir palabra. Al llegar a la chimenea, sacudió la cabeza y pareció angustiado. Una pieza de la vajilla que representaba a un húsar montado y con su uniforme de gala captó su mirada. La señaló y después señaló la chimenea, con una interrogación en los ojos.

-¿Qué sucede? ¡Oh! ¿Qué sucede? -dijo el pequeño Mildred. Después, tal como una madre hablaría a un niño-: es un caballo. Sí, un caballo.

Muy lenta, llegó la respuesta, en un tono espeso, desapasionado y gutural:

-Sí, ya... lo he visto. Pero... ¿dónde está *el* caballo?

Se podía oír el latido de los corazones de los circunstantes mientras los hombres se apartaban para dejar paso al extraño en sus movimientos. Ya no se pensaba en llamar a la guardia.

Otra vez habló el hombre, muy lentamente: -¿Dónde está *nuestro* caballo?

No existe más que un único caballo en el regimiento de los Húsares Blancos y su retrato está colgado fuera, junto a la puerta del comedor. Es el caballo picazo del tambor, el rey de la

banda del regimiento, que sirvió al cuerpo durante treinta y siete años y por fin fue sacrificado porque era viejo. La mitad de los oficiales fue a quitar el cuadro de su lugar para ponerlo en las manos del hombre. El lo colocó sobre la chimenea, golpeándolo en el borde al ir a apoyarlo encima con sus manos temblonas, y retrocedió hasta la mesa para dejarse caer en la silla de Mildred. Entonces todos los hombres se dijeron cosas como: «El caballo del tambor no estaba colgado sobre la chimenea desde el 67». «¿Cómo lo sabe?» «Mildred, háblale otra vez.» «¿Qué piensa hacer, coronel?» «Oh, callad y dadle al pobre diablo un poco de tiempo para que se tranquilice.» «Eso no es posible. El hombre está loco.»

El pequeño Mildred se acercó al coronel y le habló al oído.

-¡Tengan la bondad de tomar asiento, por favor, caballeros! -dijo, y todos se sentaron; sólo el asiento de Dirkovitch, junto al del pequeño Mildred, estaba vacío, y el mismo pequeño Mildred se había sentado en el lugar de Hira Singh. El sargento de intendencia, atónito, llenó las copas en medio de un silencio de muerte. Una vez más el coronel se puso de pie, pero le temblaba la mano y el oporto se derramó sobre la mesa, mientras él miraba de frente al hombre sentado en la silla del pequeño Mildred y decía, con voz ronca:

-Por el señor vicegobernador, por la Reina. Hubo una pausa breve, pero el hombre saltó en pie y respondió sin vacilar:

-¡Por la Reina, a quien Dios bendiga! -y tras vaciarla partió el fuste de la fina copa entre sus dedos.

Mucho, mucho tiempo atrás, cuando la Emperatriz de la India era una mujer joven ***y*** no existían ideales poco limpios en el país, en algunos cuerpos se impuso la costumbre de brindar por la Reina en copas rotas, para gran contento de los abastecedores de cristalería. Hoy la costumbre ha muerto porque no hay nada por lo que pueda romperse riada, como no sea, una que otra vez, la palabra de algún Gobierno, y ésa ya ha sido rota.

-Esto lo explica -dijo el coronel, perplejo-. No es un sargento. ¿Qué demonios es?

Toda la reunión se hizo eco de la frase y la salva de preguntas hubiese asustado a cualquiera. No resultaba extraño que el intruso harapiento y sucio sólo fuese capaz de sonreír y menear la cabeza.

De debajo de la mesa, tranquilo y sonriente, apareció Dirkovitch, que había sido despertado de su sopor reconstituyente por los pies que chocaban con su cuerpo. Se incorporó junto a aquel hombre que cayó al suelo aullando. Era horrible ver que aquella escena se producía inmediatamente después de la de orgullo y gloria del brindis, que había devuelto la lucidez al hombre.

Dirkovitch no hizo ningún ademán de levantarlo, pero el pequeño Mildred lo puso en pie al instante. No está bien que un caballero que puede responder a un brindis por la Reina esté a los pies de un suboficial de cosacos.

El gesto precipitado desgarró la parte superior de los harapos de aquella ruina casi hasta su cintura y se vio su cuerpo sembrado de cicatrices secas y negras. Una sola arma en el mundo, que no es ni la vara ni el látigo, puede hacer cortes en líneas paralelas. Dirkovitch vio las marcas y sus pupilas se dilataron. También cambió su rostro. Dijo algo que sonaba parecido *a Shto ve takete y* el hombre, con tono servil, respondió: *Chetyre.*

-¿Qué ha dicho? -preguntaron todos a la vez. -Su número. Es el número cuatro, ya sabéis -Dirkovitch hablaba con voz apagada.

-¿Qué tiene que ver un oficial de la Reina con tan ilustre número? -dijo el coronel y un gruñido inquietante recorrió la mesa.

-¿Cómo podría yo saberlo? -dijo el afable oriental con una sonrisa dulce-. El es un..., ¿cómo se dice?, un evadido..., un fugitivo de allá -señaló con la cabeza hacia las sombras de la noche.

-Háblele si le responde, háblele con gentileza-dijo el pequeño Mildred, ayudando al hombre a sentarse en una silla.

A todos pareció muy inconveniente que Dirkovitch tomase sus sorbos de coñac mientras hablaba en un ronroneo y chisporroteo ruso al pobre hombre que respondía apenas y

con evidente temor. Pero en vista de que Dirkovitch parecía comprender, nadie dijo una palabra. Todos tenían la respiración entrecortada y se inclinaban hacia delante durante las pausas prolongadas de la conversación. En la próxima oportunidad en que estuviesen libres de deberes inminentes, los Húsares Blancos se hacían el propósito de ir todos juntos a San Petersburgo para estudiar ruso.

-No sabe cuántos años hace -dijo Dirkovitch a los presentes-, pero asegura que fue hace mucho tiempo, durante una guerra. Creo que hubo un accidente. Dice que pertenecía a este glorioso e ilustre regimiento en esa guerra.

-¡Las listas! ¡Las listas! ¡Holmer, trae las listas! -dijo el pequeño Mildred y el ayudante se precipitó, con la cabeza descubierta, hacia la oficina en que se guardaban las listas de revista del regimiento. Volvió a tiempo para oír que Dirkovitch concluía:

-Por lo tanto, mis queridos amigos, siento muchísimo tener que decir que se produjo un accidente que hubiera tenido remedio si él se hubiese disculpado ante nuestro coronel, al que había insultado.

Entonces se oyó otro gruñido que el coronel procuró acallar. Los hombres no estaban de humor, en ese instante, para sopesar insultos a coroneles rusos.

-No recuerda, pero creo que hubo un accidente y por eso no entró en el intercambio de prisioneros, sino que fue enviado a otro lugar, ¿cómo se dice...?, al campo. *De modo que,* dice, vino aquí. No sabe cómo vino aquí. ¿Eh? Estuvo en Chepany-el hombre entendió la palabra, asintió y se echó a temblar-, en Zhigansk, en Irkutsk. No puedo comprender cómo escapó. También dice que estuvo en los bosques durante muchos años, pero ha olvidado cuántos... Eso y muchas cosas más. Hubo un accidente, debido a que no le pidió disculpas a nuestro coronel. ¡Ah!

En lugar de hacerse eco del suspiro de pesadumbre de Dirkovitch, es triste dejar constancia de que los Húsares Blancos exhibieron con vivacidad un deleite no cristiano y otras emociones, apenas refrenados por su sentido de la hospitalidad. Holmer arrojó sobre la mesa las arrugadas y amarillentas listas de revista del regimiento y los hombres se arrojaron a su vez sobre ellas.

-¡Calma! Cincuenta *y* seis, cincuenta *y* cinco, cincuenta y cuatro -decía Holmer-. Aquí está: «Teniente Austin Limmason. *Desaparecido».* Eso fue antes de Sebastopol. ¡Qué vergüenza infernal! Insultó a uno de sus coroneles y fue embarcado en secreto. Treinta años de su vida borrados.

-Pero jamás pidió disculpas. Dijo que prefería condenarse -corearon los oficiales.

-¡Pobre chico! Supongo que después no tuvo ocasión. ¿Cómo ha venido a dar aquí? -preguntó el coronel.

El montón de harapos sucios de la silla no dio ninguna respuesta.

-¿Sabe quién es usted?

Aquella cosa dejó oír una risa débil.

-¿Sabe que usted es Limmason, el teniente Limmason de los Húsares Blancos?

Rápida como un disparo llegó la respuesta, en un tono de ligera sorpresa:

-Sí, soy Limmason, por supuesto.

La luz se apagó en sus ojos y el hombre se desmoronó, a la vez que observaba con terror cada movimiento de Dirkovitch. Una huida desde Siberia puede fijar unos pocos hechos elementales, pero al parecer no lleva a la continuidad del pensamiento. El hombre no podía explicar de qué modo, como una paloma mensajera, había hallado el camino hasta su antiguo regimiento. De lo que había sufrido o visto no sabía nada. Se encogía ante Dirkovitch tan instintivamente como había oprimido el resorte del candelero, buscado el cuadro del caballo del tambor y respondido al brindis por la Reina. El resto era un vacío que sólo en parte la temida lengua rusa podía llenar. Con la cabeza caída sobre el pecho, de pronto soltaba una risita y de pronto se agazapaba.

El demonio que vivía en el coñac indujo a Dirkovitch, en ese momento tan inoportuno,

a soltar un discurso. Se puso de pie, tambaleándose un tanto, se cogió al borde de la mesa mientras sus ojos brillaban como ópalos y empezó:

-Gloriosos camaradas soldados, verdaderos y hospitalarios amigos: se trató de un accidente, y deplorable..., muy deplorable -en ese punto sonrió con dulzura a todos-. Pero vosotros pensaréis en esta pequeña, pequeñísima cosa. ¿Sería tan pequeña? ¡El Zar! ¡Puf! Hago abofetear..., hago castañetear mis dedos por él. ¿Creo en él? ¡No! Pero en los eslavos que nada hemos hecho, en *ésos* sí que creo. Setenta..., ay, cuántos..., millones de personas que nada han hecho, ni una sola cosa. ¡Puf! Napoleón fue un episodio

-golpeó la mesa con su mano-. Escuchad, pueblos antiguos, nosotros no hemos hecho nada en el mundo..., hasta aquí. Toda nuestra obra está por hacer y será hecha, pueblos antiguos. ¡Apartaos! -agitó la mano con gesto imperioso y señaló al hombre-. Ya lo veis. No es agradable de ver. Fue sólo un pequeño, *¡ay, muy* pequeño!, accidente que nadie recordó. ¡Ahora es *eso!* Otro tanto seréis vosotros, soldados hermanos y valientes, otro tanto seréis vosotros. Pero vosotros jamás regresaréis. Todos vosotros iréis adonde él ha ido o -señaló la sombra en forma de ataúd del cielo raso y murmuró-: setenta millones... Apartaos, vosotros, pueblos antiguos -antes de caer dormido.

-Encantador y directo -dijo el pequeño Mildred-. ¿Qué sentido tiene enfadarse? Vamos a poner cómodo a este pobre diablo.

Pero eso fue algo que de pronto y con prisa se fue de las manos amistosas de los Húsares Blancos. El teniente había vuelto sólo para marcharse al cabo de tres días, cuando el lamento de la marcha fúnebre y el desfilar de los escuadrones comunicaron a la guarnición intrigada -que no advirtió ningún puesto vacío en la mesa- que un oficial del regimiento había renunciado a su recién recuperado rango.

Y Dirkovitch, imperturbable, obsequioso y siempre jovial, también se marchó en el tren nocturno. El pequeño Mildred y otro hombre le acompañaron, porque era un huésped de la compañía y aun en el caso de que se hubiese atrevido a pegar al coronel con la mano abierta, la ley del regimiento no permitía ninguna fisura en la hospitalidad.

-Adiós, Dirkovitch, buen viaje -dijo el pequeño Mildred.

-Au revoir -dijo el ruso.

-¡Vaya! Creíamos que te ibas a tu tierra.

-Sí, pero volveré. Mis queridos amigos, ¿está cerrada esa carretera? -apuntó hacia donde brillaba la estrella polar sobre el paso de Khyber.

-¡Por Júpiter! Lo había olvidado. Por supuesto. Encantado de haberte conocido, amigo, vuelve cuando gustes. ¿Llevas todo lo necesario? ¿Puros, hielo, sábanas *y* mantas? Estupendo. Bien, *au revoir,* Dirkovitch.

-Vaya -dijo el otro hombre cuando las luces de cola del tren se empequeñecieron-. ¡De todos los perfectos...!

El pequeño Mildred no contestó, pero se puso a mirar la estrella polar mientras tarareaba una canción de un espectáculo musical que habían visto en Simia y que había encantado a los Húsares Blancos. La letra decía:

Señor Barbazul, le pido perdón,
siento causarle tamaño dolor.
Pero yo le aseguro que a su vuelta
tendrá montada una tremenda juerga.